

omed to be the centrepiece of the German cultural programme in France. Its director dealt directly with Goebbels and Schlösser and it was generously funded by the army, the Propaganda Ministry and the city of Lille. It was effectively a *Stadttheater* which offered drama, opera, operetta and dance, and in its three years staged 3889 performances, touring all over Belgium and northern France. Abbey and Havekamp consider its failure to reach the local population to be a serious weakness.

This informative volume has an extensive bibliography.

Hugh Rorrison
Edimburgo

EGIDO, Aurora, y María del Carmen MARÍN PINA, coords. *Baltasar Gracián: estado de la cuestión y nuevas perspectivas*. Zaragoza: Gobierno de Aragón, Departamento de cultura y Turismo, Instituto Fernando el Católico, Excma. Diputación de Zaragoza, 2001. 229 pp. (ISBN: 84-7820-640-x)

En los últimos años las publicaciones en torno a Baltasar Gracián han crecido enormemente. Para no perderse se hacía necesaria una recapitulación y una evaluación como la que ofrece el volumen coordinado por Aurora Egido y María Carmen Marín. Fruto de una labor colectiva, las distintas secciones responden al título y nos ofrecen el estado de la cuestión sobre la vida y cada una de las obras de Gracián, incluyendo una bibliografía final a la que remiten todos los capítulos, y recordando o abriendo también nuevos campos necesitados de estudio, en especial el de las ediciones críticas.

El capítulo primero, a cargo de Jorge M. Ayala, sobre la vida de Gracián, muestra las variaciones que ha experimentado la imagen del escritor aragonés en los tres siglos y medio desde su muerte, resaltando los hallazgos documentales de Adolfo Coster y Miguel Batllori. El capítulo pasa revista a la "imagen" de Gracián, primero en España, después en Francia y Alemania. Entre las contribuciones del "gracianismo" moderno se destacan sobre todo las biografías de Miguel Romera-Navarro, Evaristo Correa Calderón y Miguel Batllori, sin olvidar a Ricardo del Arco y Gavas, Benito Pelegrin, Constancio Eguía Ruiz y, recientemente, las investigaciones de Belén Boloqui Larraza, que desvelan la existencia real del hermano de Baltasar, Lorenzo Gracián.

El capítulo dedicado a la primera obra de Gracián, *El Héroe*, el "libro enano" con el que espera formar "un varón gigante", corresponde a M^a Carmen Marín Pina. A pesar de gozar de numerosas ediciones y traducciones dentro y fuera de España, *El Héroe* ha recibido escasa atención crítica y apenas cuenta con estudios específicos.

En este nuevo espejo manual o tratado político-moral se plasman las nociones grecorromanas sobre el concepto de héroe, pero siempre con una visión práctica de la sabiduría, según han destacado Aurora Egido y Elena Cantarino.

La crítica ha abordado la obra desde perspectivas muy variadas: como reflejo de los saberes de la Antigüedad, en conexión con la agudeza de ingenio, con la teoría moderna del individuo, como interpretación de las relaciones humanas en términos

de poder y de dominio, en el marco de los *studia humanitatis* o de la literatura emblemática, como modalidad de la biografía política barroca, en relación con Maquiavelo, Tácito, Séneca, Castiglione, Marsilio Ficino, Schopenhauer o Nietzsche, así como su difusión y éxito en Francia, que llega hasta el siglo XX.

Alberto Montaner Frutos escribe el tercer capítulo dedicado al breve tratado *El político Don Fernando el Católico*, figura concebida a medias entre el arquetipo y el personaje histórico. Divide el estudio crítico, aparte de los problemas bibliográficos y ecdóticos, en tres apartados: el estilístico, el histórico y el doctrinal. La estructura única del tratado ha sido objeto de discusión: *amplificatio* de la proposición inicial que ve en don Fernando “el Oráculo mayor de la razón de Estado”, o disposición compleja y sutil en clave numerológica. Montaner Frutos propone una nueva división interna con una secuencia de exordio, seis secciones que corresponden a estudios de la vida del rey católico, y un epílogo.

Las nutridas fuentes históricas sobre el rey Fernando van desde Zurita hasta Francisco Ortiz Lucio, Camilo Borrell, Mateo López Bravo, etc. La libertad con que Gracián extrae sus ejemplos, que incluye a sultanes otomanos y mongoles, se debe a que se desentiende del origen del poder político centrándose en su ejercicio, basado en las “prendas” del príncipe, su “aplicación” a las tareas de gobierno y su aprovechamiento de las “ocasiones”. Este arte de gobernar “a la ocasión” se ha relacionado con el casuismo jesuita y con la encrucijada entre Séneca y Tácito, contexto en el que según Montaner Frutos debe situarse la relación con Maquiavelo, en cuya línea de política realista se sitúa Gracián, “pero con mayor calado histórico y antropológico, propio de su tacitismo” (58).

El repaso crítico de la bibliografía sobre *El Discreto* corre a cargo de José Enrique Laplana. La cuarta obra de Gracián, un “arte de entender” para los lectores discretos, “no ha merecido por parte de la crítica una atención singularizada y específica” (60). Su estudio debe realizarse en relación con el resto de la producción del jesuita, en especial con *El Héroe* y *El Político*, dada la profunda conexión de toda su obra. Aurora Egido, en su esmerada edición de 1997, inserta la obra en el proceso de reescritura e intertextualidad de la obra “total y en marcha” (62) de Gracián. También sobre el concepto básico de “discreción” ha sido Aurora Egido quien ha delimitado mejor el término partiendo del mundo clásico (*Ética a Nicómaco*, *Séneca*), de la patrística, de Santo Tomás, de San Alberto Magno y de la tradición doctrinal y literaria hispana. Sólo así puede apreciarse la originalidad del tratado, que seculariza la *discreción* y la distingue de la *prudencia*. Gracián se aparta además de los manuales de cortesanía al estilo de *El cortesano* o de *El galanteo*, para retratar a un hombre de mundo que, guiado por la discreción, “es hombre de todas las horas y de todos los lugares”.

Antonio Pérez Lasheras recuerda cómo sólo recientemente se ha comprendido que *Arte de ingenio* y *Agudeza* y *arte de ingenio* son más que una retórica al uso. Al contrario, hoy se habla de “un texto poliédrico” (Emilio Blanco 1998), ambiguo, abierto y moderno, que no teniendo “ningún antecedente en nuestra tradición” (97), abandona el racionalismo y las categorías apriorísticas propias de los tratados anteriores.

La *Agudeza* permite acercamientos diversos, filosóficos y filológicos, y, más recientemente, en relación con la oratoria sagrada. El capítulo, tras reclamar la inserción de la obra en una "visión global, integradora" de Gracián (72), repasa y examina las contribuciones bibliográficas en relación a las siguientes cuestiones:

"Título, versiones preliminares", con atención a la función paradójica de tres términos, *arte*, *ingenio* y *agudeza*, superando "las contradicciones que arrastraba la teoría literaria desde el siglo XVII" (75).

"Intención, género, método, influencias", donde se compendian los vínculos señalados de la *Agudeza* con *La Heroïda* de Ovidio, Emanuele Tesauro, Peregrini, y el *Nova arte de conceitos* de Ferreira, así como la relación, en la exaltación del *ingenium* característica de la *Ratio Studiorum* y de la teoría literaria del siglo XVII, con el *Examen de ingenios* y *El Quijote*.

"Conceptos y contenido de *La Agudeza*", donde se ponen de relieve las contribuciones de F. Monge, E. Blanco, B. Pelegrin o E. Hidalgo Serna sobre la complejidad terminológica del *concepto*, así como sobre la falsa dicotomía conceptismo / culteranismo. Otras cuestiones destacadas son el carácter simbólico de las teorizaciones de Gracián (J.M. Andreu, J.M. Ayala, I. Gómez de Liaño), para quien el "hombre es esencialmente un ser cultural" (83).

"*La Agudeza* como antología literaria: los autores", aquí se recuerda que no existen trabajos específicos sobre los repertorios de fuentes utilizadas por Gracián: la *Antología griega*, las *Flores de poetas ilustres* (1605), la *Floresta* de Melchor de Santa Cruz o los *Apotegmas* de Juan Rufo. Verdadera antología de la mejor poesía de los Siglos de Oro, la *Agudeza* ha sido estudiada en relación con la biblioteca de los jesuitas, con la influencia italiana o de la oratoria sagrada, y también de la presencia de Aragón; especial relieve se ha dado a su caracterización de la literatura española: *El conde Lucanor*, la poesía de Cancionero, *La Celestina*, Garcilaso, Camoens, Carrillo y Sotomayor, los hermanos Argensola, Góngora y, brillando por su ausencia, *El Quijote*.

De la crítica sobre la obra de Gracián "más constantemente reeditada y traducida desde sus mismos días hasta los actuales" (89), el *Oráculo manual y Arte de prudencia*, se encarga M^a Pilar Cuartero.

Después de pasar revista a las traducciones y ediciones, en imparable aumento, se recuerdan algunas de las cuestiones tratadas por la crítica: el título y el género de las colecciones de aforismos políticos en España desde finales del siglo XVI y a lo largo del XVII; senequismo y tacitismo; la distinción entre discreción y prudencia; la asimilación entre el sujeto moral y una especie de microestado; la equivalencia entre política y arte de prudencia; la conversión del *ingenio* en razón moral de la persona; la prudencia como arte lúdico; una nueva definición de la moral ajustada a la vida práctica y a una estrategia de la supervivencia individual; la unión indisoluble de fondo y forma, patente en el empleo de las figuras estilísticas como figuras morales; el estudio de las fuentes: clásicas, de la Biblia, la Patrística, los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio, de textos de Rivadeneyra, Cámara y San Francisco Javier, del Refranero (Hernán Núñez, Mal Lara, Correas), y humanistas (Beccadelli, Vives, Botero);

la confrontación con otros sistemas de pensamiento (Bacon, Álamos de Barrientos, Saavedra Fajardo); la relación con los moralistas franceses, etc.

M^a Pilar Cuartero cierra el capítulo con algunas propuestas como la conveniencia de situar el *Oráculo* en la larga tradición de colecciones de *sententiae* y de colecciones de *adagia*, de las que la obra de Gracián es “una genial mixtura” (100). Propone también la investigadora ampliar el número de obras conocidas y utilizadas por Gracián, incluyendo colecciones de *sententiae*, como el *Compendium moralium notabilium* o el *Epitoma sapientiae* de Geremia de Montagnone (además de en florilegios medievales de S. Isidoro, Vicente de Beauvais o Tomás de Hibernia), así como las ediciones de *oracula* de la Antigüedad que se publicaron en el siglo XVI, y las obras que incluyen el término “manual” en el título, como el *Enquiridion* de Epiceto y el *Enchiridion militis christiani* de Erasmo.

El itinerario de la crítica sobre la obra maestra de Gracián, *El Criticón*, a cargo de uno de sus más recientes editores, Carlos Vaíllo, repasa los trabajos críticos “por actividades de enfoque o temas de estudio y por frentes compartidos de asedio” (104). Estos incluyen las ediciones críticas (desde la de Romera-Navarro), el rastreo de reminiscencias o fuentes (autores bíblicos y clásicos, Séneca, Tácito, Botero, Boccacalini), del que cree queda mucho por hacer; el estudio de modelos que afectan a la trama, las situaciones y los personajes: el relato árabe *El filósofo autodidacto* de Abentofail a través de una fuente común; *Don Quijote* y *El Persiles*; el novelista escocés John Barclay; el *Satyricon*; la “cuestión crucial del género” (106): *Odisea* cristianizada, epopeya, épica en prosa y sátira alegóricas, los vínculos con los géneros picaresco y bizantino, la novela de peregrinación barroca o la literatura sapiencial, que dan lugar a una “novela intergenérica” en la que “ningún modelo prevalece” (107).

Entre los motivos estudiados por la crítica podemos recordar la relación entre el antiguo arte de la memoria en conexión con metáforas como el teatro del mundo o la concepción bíblica del gran libro del mundo (Egido); la presencia de una imaginación arquitectónica, derivada de Ariosto (Jorge Checa); el planteamiento temporal de la obra; la psicología de las naciones recorridas; la técnica de deformación grotesca y la creación de imágenes de una visión introspectiva y del exterior y de un lenguaje autorreferencial, con la recurrencia del naufragio, la navegación y del mundo al revés; las múltiples referencias en la obra, como claves de conocimiento, a la convergencia del curso de la vida y del discurso literario; el simbolismo de la fortuna y de la Prudencia tricéfala y bicéfala (Egido).

El Criticón no puede reducirse a “un solo sentido” (115) por lo que conviven, entre otras, la interpretación nietzscheana, el predominio de la prudencia como virtud más bien instrumental y laica, el realismo desengañado o el amor a la libertad y la justicia como camino de superación dentro de una representación lúdica de la vida. En suma, concluye Carlos Vaíllo, “quizá no ha llegado el momento de las grandes síntesis, que alguna vez habrán de tomar el relevo de los estudios monográficos” (116).

Alberto Río Noguerras en su repaso a la crítica sobre *El Comulgatorio*, la *Crítica de reflexión* y el Epistolario nos recuerda cómo la primera ha sido poco atendida por

los estudiosos. Inscrita dentro de las coordenadas de la retórica jesuita y de su búsqueda de imágenes visuales que muevan los afectos, es un tratado meditativo vinculado a la oratoria sagrada. Algunas de las vías de estudio recientemente abiertas o pendientes de mayor profundización son los vínculos del tratado con el resto de la obra de Gracián: la relación con la *Agudeza* y *El Criticón*, estudiados por B. Pelegrin, con la literatura emblemática y con la literatura ascética y mística.

El panfleto del jurista valenciano Lorenzo Matheu y Sanz, *Crítica de reflexión* en la que bajo la forma de un acto universitario público un tribunal juzga severamente *El Criticón*, “es un testimonio impagable de la opinión de un contemporáneo de Gracián” (124), y ha servido para revelar la distancia entre las normas vigentes y la “modernidad” de una visión sin referencias concretas a la doctrina católica, y muy crítica de la cultura y la sociedad de su época.

Del escaso epistolario de Gracián se destacan la edición de los desaparecidos padres Batllori y Peralta, y la tesis doctoral de Pablo Cuevas sobre el cruce de cartas de Gracián con el canónigo Salinas acerca de *La casta Susana*. Además se espera que “un rastreo cuidadoso de los archivos jesuitas y aragoneses” podrá dilatar el contenido del epistolario y ayudar “a conocer la cara más familiar, y en este caso más sincera, de nuestro autor” (127).

El capítulo noveno, dedicado a las “Observaciones lingüísticas en torno a los textos gracianos”, se debe a José María Enguita Utrilla, y aparece dividido en “Aspectos lingüísticos generales”, “La lengua española en los textos” y “La terminología lingüística como recurso estilístico”.

Muchos han sido los motivos estudiados: la “poética del silencio” (Egido), la *sentencia*, la frecuencia de estructuras binarias, el empleo audaz de epítetos y de sustantivos en función de adjetivos, la búsqueda de derivados y compuestos, el comentario de palabras-clave (*punto, persona, ingenio, realce*, etc.), de la ortografía y de sus implicaciones fonético-fonológicas en *El Héroe*, el empleo del nombre propio como apelativo, el epíteto conceptista, las fórmulas de tratamiento, la estructura del discurso (caracterizado por la brevedad de la cláusula y la frecuencia de oraciones causales, y de oraciones formadas con el verbo *ser*), estudios sobre el léxico (*concepto, corte, discreción, engaño, ingenio, mirar por dentro, ojo, virtud*, etc.), la incidencia lingüística regional, el refranero, los juegos de palabras, la utilización como recurso estilístico de términos extraídos de los tratados sobre la lengua...

En suma, se concluye citando a Deza Enríquez, “es el lenguaje de Gracián el que nos conduce hasta su pensamiento”, pero además este pensamiento “es el punto de partida y de retorno que condiciona la utilización de dicho lenguaje” (147).

La bibliografía sobre “El Gracián pensador” en el siglo XX ha aumentado, nos dice Elena Cantarino, de manera ostensible desde 1958, fecha de importantes artículos de J.L. Aranguren, Maldonado de Guevara y J.A. Maravall, aunque no será hasta la década de los ochenta cuando se produzcan las primeras interpretaciones propiamente filosóficas dentro de volúmenes de conjunto: *Gracián y su época* (1986); *Baltasar Gracián: Del Barocco al postmoderno* (1987); *El mundo de Gracián* (1991).

El capítulo pasa revista a los estudios de Azorín y Unamuno, que recuperan la figura de Gracián, y a los que acompañan estudios en el resto de Europa sobre la relación o influencia de Gracián en Schopenhauer y Nietzsche, La Rochefoucauld, las *Máximas* de Madame de Sablé o el *Cándido* de Voltaire. Esta recuperación del Gracián político condujo al debate sobre sus vínculos con Maquiavelo; la profundización en el pensamiento de Maquiavelo se irá haciendo cada vez más rica y matizada en los estudios de H.G. Gadamer, J.A. Valente, J.L. Abellán, Benito Pelegrin y Emilio Hidalgo Serna, entre otros.

Los trabajos posteriores siguen las líneas de investigación abiertas en los ochenta con numerosas tesis doctorales en universidades españolas con enfoque filosófico, sobre cuestiones diversas: el ficcionalismo barroco, la razón de estado individual, la imagen del hombre y de la vida, el contenido ético y religioso, el método o los conceptos ético-jurídicos y sus fuentes.

Muchas monografías recientes relacionan la obra de Gracián con la tradición del pensamiento español (Huarte de San Juan, Cervantes, Saavedra Fajardo, Santa Teresa, Quevedo, Góngora, Ortega y Gasset). En suma, el pensamiento de Gracián sigue suscitando el interés de los investigadores, con la publicación de Actas de Coloquios y Simposios internacionales en Alemania (1991), Estados Unidos (1997), Italia (1998) o Calatayud (1999), que profundizan, cada vez con mayor rigor metodológico, en las grandes cuestiones del pensador aragonés desde ángulos nuevos: la ética de la conversación, el prototipo del poder, la ética como libertad, el lenguaje como vehículo de su pensamiento, etc.

Jaime Moll en el capítulo undécimo, "En busca de las primeras ediciones de Gracián", expone los principales hitos del proceso de incorporación de las primeras ediciones de las obras de Gracián a las ediciones modernas, recordando cómo aún queda pendiente la localización de un ejemplar de la edición príncipe de *El Héroe*.

Felice Gambin en "Gracián desde fuera", tras recordar cómo fue Gracián "uno de los escritores más traducidos en Europa" (165), compendia su acogida en Francia, Holanda, Alemania, Italia (dando lugar, en palabras del padre Batllori, a un "pletórico gracianismo italiano"), el mundo anglófono (con la traducción de Christopher Maurer del *Oráculo manual*, convertido en best seller), hasta las traducciones al rumano, estonio, ruso, checo o serbio. Pero aún "queda por hacer una bibliografía puesta al día de las traducciones que se publicaron fuera de España en los siglos pasados", así como "quedan por estudiar los riquísimos fondos de las bibliotecas de Europa" (173).

El volumen se cierra con una "Bibliografía" de Elena Cantarino (autora de varias bibliografías de Gracián), compilación de las diferentes bibliografías de los estudios incluidos en el volumen, a la que se agregan, con buen criterio, las referencias correspondientes al último decenio.

En suma, un libro de consulta y una guía muy útiles para los especialistas en Gracián, que puede servir para lograr un acercamiento más integrador y global de su obra.

Hernán Sánchez M. de Pinillos
Universidad de Maryland, en College Park, EE. UU.